

vía la cabeza y decía para mí: "Este gato es tonto, no sabe distinguir entre la noche y el día".

Luego de desayunar, mi mujer se iba al trabajo –cuidaba una galería de arte– y yo respiraba hondo. Aspiraba, espiraba y me sentaba a escribir. Mi trabajo era escribir argumentos para el cine y, en ausencia de compradores, guiones para la televisión y, según los trimestres, dar clase en uno de esos talleres de escritura creativa que abundan por el distrito Centro, ocupación nada romántica que me hacía sentir muy desgraciado... Pero eso era antes, y ahora era ahora. Ahora sólo escribía cine. El mundo cambiaba muy aprisa pero nada cambió tan rápido como nuestros vecinos, que de pronto eran señoras con cara de faisán, cirujanos de campanillas y, por ejemplo, un psiquiatra con gafas de concha blanca que escribía libros por docenas y los vendía por millones. En nuestra escalera vivía un afamado productor que era mitad hombre y mitad dinero. Ahora este productor y yo coincidíamos en la alfombra roja del descansillo y en los altibajos del ascensor y, como éramos vecinos, me daba coba –luego, yo existía–, me llamaba peque-

«Las mañanas en la Torre de Valencia estaban llenas de luz, teníamos que untarnos de protección solar para desayunar y mirábamos en lontananza el paisaje del Retiro»

ño creador y mago del argumento y me preguntaba si andaba metido en algo. Un hombre grueso y con pelo de jabalí, varias narices, profundo estrabismo.

–¿Estás con algo?, ¿me das algo para leer?

Le di a leer uno de mis argumentos.

–Es bueno. Aquí hay una taquilla. No se lo enseñes a nadie. Te voy a poner un dialoguista. Te voy a llevar a Cannes. Dinero llama a dinero.

No le enseñé mi argumento a nadie pero enseguida trascendió la noticia de que ya no escribía para la televisión ni *hacía talleres*. "Ahora sólo escribo cine". Ahora era argumentista y mis antiguos compañeros me llamaban para pedirme trabajo y una mañana se presentó en la puerta de mi casa un muchacho vagamente rubio, tenía las pestañas tupidas y movía el flequillo a voluntad.

–Me manda mi tío, –dijo y señaló con el índice hacia abajo–. Dice que necesitas un dialoguista –se acarició el lóbulo derecho– y yo tengo muy buen oído.

Mi dialoguista quería estudiar cine en la universidad de Los Ángeles y tenía mucha prisa por llegar. Le puse horario de mañana y le abrí las puertas de mi casa y estaba tan lleno de vida, tormenta e impulso, que muchas veces llegaba cuando mi mujer y yo todavía no habíamos terminado de desayunar.

–Querrás café, querrás bollería.

Mi dialoguista movía el flequillo, pestañeaba, enseguida me pareció que entre mi mujer y él nacía una corriente de simpatía, un bello vínculo.

Una noche sonó el timbre de la puerta y era Macrina –¡miau!– y Macrina tenía a Fidenco entre los brazos, le acariciaba la frente y Fidenco cabeceaba de placer. Macrina era una chica den-

tro de un vestido arrugado y con los ojos vivos.

–¿De quién es este gato bribón?

Fidenco estornudó y luego cayó contra el suelo, se revolvió en el felpudo, me olió los pies y se metió en la casa. Macrina se esponjó el pelo con la mano izquierda y se quedó a cenar esa noche. Hablaba con un leve ceceo y tenía la manía de hacer fotografías aéreas desde el teleférico de la Casa de Campo.

–El mundo en mis manos.

Le preguntamos qué hacía, queriendo saber en qué trabajaba, y nos dijo que no hacía nada.

–¿Nada en particular?

–Nada en general.

Vivía, nos dijo, en el ático 16. Bebimos vino blanco casi helado y a mí me pareció que entre Macrina y Fidenco nacía una corriente de simpatía, etcétera. Aquella noche soñé con el muelle de Southampton y la mañana tremolaba de pañuelos y banderas y una orquesta atacaba *Be honest with me*. El *Queen Mary* se alejaba y el mar se erizaba en puntas de espuma y en la cubierta estaba Macrina, el pecho inflamado, la frente despejada y el gato Fidenco entre sus brazos. Yo decía adiós, adiós, adiós, con la mano...

Entretanto, mi dialoguista y yo trabajábamos y su tío parecía entusiasmado con el guión. "Sólo nos falta el título", decía, y aventuraba grandes nombres para el elenco protagónico, sondeaba mi opinión acerca de ciertos directores y hacía cuentas millonarias con los dedos.

Lo que yo quería contarle al mundo, lo que mi dialoguista y yo nos traíamos entre manos, era lo que yo siempre había querido contar –la bohemia semidesnuda del distrito Centro– y no lo había conseguido por la razón sencillísima de que yo todavía era uno de ellos. Pero ahora yo vivía en un ático en el distrito de Retiro y tenía la herramienta incomparable de la melancolía y mis personajes tenían una primera cita en los cines Ideal y luego cenaban en los restaurantes de izquierdas de la calle Argumosa y hacían el amor en una buhardilla de la calle Acuerdo y a la mañana siguiente compraban ropa de segunda mano en Espíritu Santo. Ahora todo era bello y lejano. Edifiqué una finca ideal del distrito Centro, una finca donde cabían todas las fincas en que mi mujer y yo habíamos vivido. Tiendas de chinos, academias de *shiatzu*, licenciados en Bellas Artes, señoras de renta antigua y monjes budistas que se levantaban todos los días a las cinco de la mañana. La última planta era un jardín de parejas nada convencionales. Todos se acostaban con todos. Un día, a media mañana, el productor irrumpió en mi casa. Mi mujer ya estaba en la galería, el dialoguista y yo trabajábamos.

–¡*Mileuristas enamorados!*

No me gustó. Yo tenía títulos mejores: *El amor causa efecto*, *Madrid pro quo*...

–Esos títulos no se entienden –dijo el productor–. Contra el ingenio, claridad. *Mileuristas enamorados* es mejor, ¿lo entiendes?

Y de repente el verano, un verano memorable y apretado y una humedad altísima, muchísimo por ciento. Fidenco saltaba de terraza en terraza y Macrina se acostumbró a nuestra compañía y al vino blanco y al cielo estrellado. Una noche fue sábado y fuimos mi mujer, Macrina, mi dialoguista y yo a la sala de verano de la Filmoteca.

–Hacen un ciclo dedicado a David

Lean –había dicho mi dialoguista–, ¿sabéis quién es David Lean?

A mitad de la proyección, el cielo empezó a tronar y pronto cayó un aguacero. Todos corrimos despavoridos y dejamos a los actores abandonados a su suerte, en la cantina de una pequeña estación. Yo me perdí del grupo y quince minutos después, bajo una cornisa de uralita, me vi abrazado a Macrina. Las aletas de la nariz se le movían velozmente y tenía el pulso en los párpados, estaba bella y emocionante. Dejé de llover, salimos a la calle y encontramos a mi mujer y al dialoguista, apoyados contra un contenedor de papel y cartón. Tenían las mejillas incendiadas y la frente perlada de restos de lluvia. Oh, sí, era maravilloso habitar un mundo donde ocurrían tantas cosas y ningún día era igual a otro...

Al día siguiente no amaneció o bien pudiera no haberlo hecho, porque alguien –es una larga historia– telefoneó para decir que no habría más recalificaciones.

–¡Suelo rústico! ¡Ah, la maldita política!

No éramos ricos, en realidad nunca lo habíamos sido. Los últimos días en la

«Tenían las mejillas incendiadas y la frente perlada de restos de lluvia. Oh, sí, era maravilloso habitar un mundo donde ocurrían tantas cosas y ningún día era igual a otro»

Torre de Valencia fueron un trance triste y fastidioso. El dialoguista espaciaba sus visitas y una mañana nos anunció que se marchaba a Los Ángeles.

–Aprenderé el oficio.

Mi mujer anduvo unos días muy metida en sí, se acariciaba los labios, se tocaba mucho el pelo. El productor, acabada mi colaboración con su sobrino, perdió todo interés en mi persona. Ahora postproducía una película sobre la vida del tenor Miguel Fleta. Fidenco saltaba de terraza en terraza pero ya nadie venía a devolverlo, así que la última noche lo tomé entre mis brazos y fuimos los dos a la puerta del ático 16. Nos abrió un hombre diminuto, le faltaban los dientes delanteros.

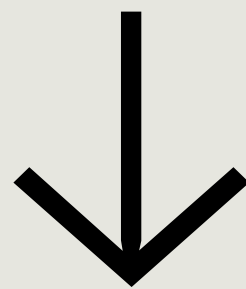
–Aquí no vive ninguna Macrina.

También esta última noche fue memorable, mi mujer y yo vaciamos la bodega –teníamos una bodega– y nos acariciamos los hombros mirando la franja rosa del amanecer. Había sido un bello sueño y estaba la belleza de haberlo soñado juntos. Y eso fue todo, volvimos a la modernidad miserable del distrito Centro y en septiembre me incorporé al cuadro docente de una escuela de escritura creativa y durante un tiempo acaricé la idea de escribir una película en torno al mundo elevado del distrito de Retiro y la futilidad de los bienes materiales, una película viva y alegre pero velada de melancolía.

Fernando San Basilio

MADRID, 1970

Escritor. Es autor de 'Curso de librería' (editorial Caballo de Troya).



instantáneas poemas de verano

POR
GONZALO ESCARPA

MADRID, 1977

Ha publicado 'Fatiga de materiales' y el poema objetual 'mctetpm' (2008).

La fruta del naranjo
es de madera.
La recojo del suelo de la isla
y se desinfla el último verano.

Carnalidad